

**LOS CONGRIOS ANDINOS**

Vulcano

Una tarde de verano, mientras el sol se escondía en el horizonte después de un día glorioso, con un cielo celeste sin una nube, nos encontrábamos sentados en el living de la casa de Fernando y Ximena, en Cachagua. Si bien ambos estaban apesadumbrados después de haber asistido esa misma tarde al entierro de una joven mujer muy cercana a sus hijos, la conversación fue muy entretenida, mantenida por los cuentos de Fernando, que nos confirmaban que había vivido una vida plena.

La muerte de esa joven lo había llevado a escribir los siguientes versos, que encontré notables.

"Pedí que cuando me entierren, no sea fin de semana,  
ya bastante jodí en vida, que sea lunes de mañana,  
mientras menos de que hablar, será más lindo el recuerdo,  
dicen que no hay muerto malo, de lo que siempre me acuerdo.  
Los flojos tendrán la disculpa para fallar la semana,  
y lloriqueando que es lindo, inflarán mi poca fama.  
Dirán !que bueno era el Oso!, que se haya muerto que pena,  
más de algún desatinado pondrá el ojo a la Ximena,  
y si las coas se dan, y la vida sigue y brilla,  
yo les puedo asegurar, no apagarán la parrilla.

De los múltiples cuentos que nos relató, uno quedó dando vueltas en mi mente y me hizo intentar escribirlo, pensando que debía esmerarme para lograr transmitir el ritmo, la calma y la dicha con que lo había contado, en ocasiones cerrando los ojos por unos segundos para recordar mejor lo que había vivido hacía tantos años.

Fernando y sus hermanos pasaban los veranos de su niñez en una parcela que sus padres tenían en el pueblo de La obra, en el punto de ingreso al Cajón del Maipo. La vida entonces era sencilla; compraban la leche a la señora María, prestando gran atención al trasvasije de un balde a un tarro metálico de diez litros para asegurar que esta no le echaba agua, los huevos a otra vecina, y esperaban el carretón del pan, angosto, de gran altura y ruedas de goma, al que él y sus hermanos se abalanzaban para escoger las mejores marraquetas que devoraban una vez que las cubrían con una mezcla de tomate, cebolla y ajo.

Durante los veranos, en muchas noches oían pasar por el camino muy próximo a la casa piños de vacunos o de ovejas que arrieros chilenos traían desde el límite con Argentina, hasta donde los habían llevado gauchos de ese país. Que estos hombres cruzaran la cordillera a caballo e intercambiaran ganado en la frontera fascinó a

Fernando, que comenzó a esperarlos, y cuando estos pasaban cerca de su casa, a entablar conversación con ellos. Entonces supo que llevaban a los animales hasta los campos de La Florida, donde descansaban después de la ardua travesía. Así conoció a Doroteo Martínez, al Luno, a ño Pedro al hilo, a los hermanos Matamoro, Florencio, Carmelo y Venancio, todos diestros jinetes y gente experimentada en "pasar ganado en pie", en piños de hasta quinientos vacunos, en ocasiones de mil quinientas ovejas, labor facilitada por perros entrenados para esa función, a los que debían proteger de las filudas piedras de las huellas cubriendo sus manos y patas con botas de cuero que ellos mismos fabricaban.

Estas llegadas de ganado argentino a Chile eran el resultado de un acuerdo entre ambos países que lo permitía en base a cuotas específicas para paliar la escasez de carne, todo coordinado por un contratista argentino llamado Groisman. Este cruzaba la cordillera para reunir en las cercanías de El Melocotón a un grupo de arrieros que iban en sus caballos hasta la planicie argentina y trasladaban el ganado ahí reunido a Chile. Años después, para evitar que la fiebre aftosa, enfermedad animal frecuente entonces, "entrara" a Chile, a los arrieros chilenos ya no se les permitía cruzar a Argentina, y eran los de ese país los que los llevaban hasta el hito en el límite, donde se encontraban con sus pares chilenos un día prefijado y a una hora determinada, las más de las veces un sábado a las doce del día, y les entregaban los piños, ya que ellos a su vez no podían ingresar a territorio chileno con sus caballos. Después de compartir un asado, los argentinos regresaban a su país, y los Martínez, ño Pedro al hilo, el Luno y los Matamoro iniciaban el descenso hacia la planicie chilena por Piuquenes hasta la Termas del Plomo donde descansaban, se bañaban y acampaban. El descenso debía hacerse con cuidado, sin apurar al ganado, el que se había criado en las planicies argentinas y no estaba acostumbrado a las escarpadas huellas de la cordillera.

Fernando logró finalmente convencer a los baqueanos para que lo incluyeran en una de las travesías, y así a los quince años hacía la primera de muchas, algunas de ellas a cazar guanacos en el lado argentino con sus hermanos, las más de las veces a colaborar en las tareas de arreo del ganado. Con el correr del tiempo, amigos y extraños conocieron lo que hacía, y comenzaron a pedir ser incluidos en las expediciones.

Uno de sus amigos argentinos, el "Negro Zavala", le propuso que, dado el creciente interés por ser de la partida, lo ofrecieran a turistas, lo que pusieron en práctica sin tardanza. Zavala llevaba los turistas a Mendoza, de ahí en una van hasta el Corral de la Mula Muerta, donde los esperaban él, sus arrieros, y los caballos, mulas y pertrechos. Desde ahí, subían al Primer Portillo, a cuatro mil seiscientos metros de

altura, para luego bajar al Real, un refugio de piedra en la convergencia de los ríos Tunuyán y Palomares, en el que pernoctaban. Ahí descansaban un día, y al siguiente enfilaban hacia el Segundo Portillo, a cuatro mil doscientos metros de altura, ya en territorio chileno.

Desde Chile el ascenso era difícil, porque el terreno es bastante más empinado y abrupto que en el lado argentino. Cada uno de los de la partida, todos con aperos chilenos, llevaba un caballo para sí, más los caballos que utilizarían los turistas que dejarían los suyos en la frontera, y las mulas con la comida y las carpas, sumando hasta veinte animales. La primera noche acampaban en las termas del Plomo, y luego iniciaban el ascenso a la frontera, que es una estrecho filo en la cima, las más de las veces muy venteado, en la que permanecían solo un par de horas durante las que compartían un asado bien regado, y en ocasiones hasta ostras y *gin tonics*. Los caballos y las mulas no contaban con comida, ya que a esa altura no hay pasto, por lo que no comían hasta que regresaban al plano, pero si con agua, la que surge en cada vuelta de la estrecha huella. Una vez terminado el almuerzo, se despedían, y cada grupo regresaba a su país, los chilenos llevando a los turistas que habían comenzado el cruce de Los Andes en Argentina, y que después de unos días conociendo Chile, regresarían al vecino país.

Fernando reía recordando una de las excursiones. El "Negro" Zavala, que viajaría con cinco turistas, proponía encontrarse un sábado de enero a las doce en el hito en que siempre lo hacían. Fernando debería llevar caballos y comida para los turistas, que continuarían su viaje bajando a Chile, y dos corderos para el almuerzo en el hito, que Fernando encargó al supermercado de su barrio. Cuando la mañana en que comenzaba la excursión fue a buscarlos, estos no eran habidos, y había acordado estar esa tarde en El Melocotón, donde sus arrieros ya lo esperaban, por lo que debía encontrar algo para cumplir con el encargo. Finalmente encontró dos enormes congrios, que compró sin dudarlo. No era lo que habían planeado comer, pero servían. Los abrió, vació sus interiores, en los que puso trozos de carbón, convencido de que esa antigua receta impediría la putrefacción de los pescados, y los envolvió en papel de bolsas de cemento, también parte de ella.

El viaje fue especialmente complejo, ya que, al despertar en las Termas del Plomo, se encontraron con que había nevado y a esa hora llovía. El ascenso en la nieve, que escondía la huella, fue particularmente difícil, y los hizo temer que no podrían llegar al hito el sábado, como planeado, y tener que decidir si seguir adelante o abortar la excursión. Pero pensaron que los argentinos debían estar encontrando similares condiciones climáticas y tendrían un atraso muy similar al de ellos, por lo que continuaron el viaje. Al llegar al hito el domingo en la mañana no estaba allí el

destacamento argentino, pero a la distancia vieron que una larga fila que parecía de hormigas subía lentamente por la ladera oriente de la cordillera, también nevada.

El encuentro fue particularmente afectuoso, ambos grupos se habían esforzado mucho por llegar a la cima. Zavala abrazó a Fernando y le contó que en el grupo venía un japonés que no solo se había caído del caballo, un animal que este no había visto antes, sino que además había sido mordido por uno de los perros y de remate pateado por una mula, por lo que le recomendaba mantenerlo cerca y asegurarse de que no tenía más percances durante su "bajada" a Chile, donde Fernando sabía que este haría rafting en el río Maipo desde San Alfonso a El Canelo, el que por los deshielos ya no era tan calmo como lo habían visto en el pasado, y se había tornado muy peligroso. Pero también le dijo que el japonés era un ejemplo de resiliencia y fuerza, ya que no se había quejado y había lamido sus heridas en silencio.

El frío y el viento los hizo apurarse a preparar el almuerzo. Un arriero prendió el fuego mientras Fernando preparaba los enormes congrios con cebolla, sal y pimienta, y luego los colocaba al rescoldo, enteros, envueltos en papel mojado, y puso a cocer unas papas. El resultado fue muy celebrado, cada uno de los comensales sacaba un trozo del delicioso pescado, lo llevaba a la boca, y hacía un ruido de aprobación, alternando los bocados con cantidades no despreciables de buen vino. Terminado el almuerzo, quedaban en el fuego, que ya moría, los intactos espinazos de los dos congrios.

El "Negro Zavala" y Fernando se preocupaban de que después de cada una de sus excursiones, y en especial después de esos almuerzos en el hito, no quedara huella de que habían estado allí. Retiraban toda la basura, la que bajaban en bolsas, y dispersaban los restos del fuego, ya extinto. Cuando Fernando vio que uno de los arrieros se disponía a meter los espinazos de los congrios a una de las bolsas en que se acumulaba la basura, lo detuvo, tomó los espinazos con cuidado y los depositó por separado entre piedras lajas en una formación de rocas cercana, las que devolvió a su posición original.

Zavala, que pensó que lo bebido alteraba la percepción de lo que veía hacer a su amigo, le preguntó:

—¿Che, por qué hacés eso? ¿En qué estás pensando, loco?

Fernando, no menos embriagado, le respondió:

—Quisiera ver la cara del arqueólogo que los descubrirá en unos mil años más. Descubrir fósiles de congrios a cuatro mil metros de altura será una sorpresa mayor

para ellos. Con ese hallazgo se echará por tierra a todas las teorías existentes, y a otros tantos estudios respecto a hasta qué altura llegó el mar en el pasado.

Miró a su alrededor, se subió a su caballo, e inició el descenso al valle, a los suyos, riendo.